



RECTORÍA
SAN
PELAYO
MÁRTIR
HOJA DOMINICAL

XXIII DOMINGO ORDINARIO

Ciclo "A" No.43 6 de septiembre de 2026.



1. ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 118, 137. 124

Eres justo, Señor, y rectos son tus mandamientos,
muéstrate bondadoso con tu siervo.

Por nuestro Señor Jesucristo...

-- SE DICE GLORIA--

2. ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, de quien nos viene la redención
y a quién debemos la filiación adoptiva,
protege con bondad a los hijos, que tanto amas,
para que todos los que creemos en Cristo
obtenamos la verdadera libertad y la herencia eterna.

Por nuestro Señor Jesucristo.

3. MONICIÓN

La Palabra de Dios hoy nos muestra como Dios
encomienda a los profetas su quehacer, escuchemos
todas las indicaciones y no olvidemos que también
nosotros somos profetas.

4. PRIMERA LECTURA

Si no amonestas al malvado, te pediré cuentas de su vida.

Lectura del libro del profeta Ezequiel 33, 7-9

Esto dice el Señor:

“A ti, hijo de hombre, te he constituido centinela para la casa de Israel.

Cuando escuches una palabra de mi boca, tú se la comunicarás de mi parte.

Si yo pronuncio sentencia de muerte contra un hombre, porque es malvado, y tú no lo amonestas para que se aparte del mal camino, el malvado morirá por su culpa, pero yo te pediré cuentas de su vida.

En cambio, si tú lo amonestas para que deje su mal camino y él no lo deja, morirá por su culpa, pero tú habrás salvado tu vida”. **Palabra de Dios.**

R/. Te alabamos, Señor.

5. SALMO RESPONSORIAL Del salmo 94

R/. Señor, que no seamos sordos a tu voz.

Vengan, lancemos vivas al Señor, aclamemos al Dios que nos salva.

Acerquémonos a él, llenos de júbilo y démosle gracias.

R/. Señor, que no seamos sordos a tu voz.

Vengan, y puestos de rodillas, adoremos y bendigamos al Señor, que nos hizo, pues Él es nuestro Dios y nosotros su pueblo. Él es nuestro pastor y nosotros, sus ovejas.

R/. Señor, que no seamos sordos a tu voz.

Hagámosle caso al Señor, que nos dice:

“No endurezcan su corazón, como el día de la rebelión en el desierto, cuando sus padres dudaron de mí, aunque habían visto mis obras”...

R/. Señor, que no seamos sordos a tu voz.

6. MONICIÓN

La Palabra de Dios siempre nos llama a transformar este mundo, pero no como otra idea, sino pensando en ver un día el rostro de Dios, escuchemos al apóstol san Pablo.

7. SEGUNDA LECTURA

Cumplir perfectamente la ley consiste en amar.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los romanos. 13, 8-10

Hermanos: No tengan con nadie otra deuda que la del amor mutuo, porque el que ama al prójimo, ha cumplido ya toda la ley. En efecto, los mandamientos que ordenan: “No cometerás adulterio, no robarás, no matarás, no darás falso testimonio, no codiciarás” y todos los otros, se resumen en éste: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”, pues quien ama a su prójimo no le causa daño a nadie. Así pues, el cumplimiento pleno de la ley consiste en amar.

Palabra de Dios.

R/. Te alabamos, Señor.

8. ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO

2Cor 5, 19

R/. Aleluya, aleluya.

Dios ha reconciliado consigo al mundo, por medio de Cristo, y nos ha encomendado a nosotros el mensaje de la reconciliación.

R/. Aleluya, aleluya.

9. MONICIÓN

La Palabra de Dios nos menciona que cuando uno quiere ser discípulo de Jesús uno corre la misma suerte, es decir, pasar por el momento de la pasión y muerte del maestro, escuchemos la narración según san Mateo.

10. EVANGELIO

Si tu hermano te escucha, lo habrás salvado.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo

18, 15-20

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “Si tu hermano comete un pecado, ve y amonéstalo a solas. Si te escucha, habrás salvado a tu hermano. Si no te hace caso, hazte acompañar de una o dos personas, para que todo lo que se diga conste por boca de dos o tres testigos. Pero si ni así te hace caso díselo a la comunidad; y si ni a la comunidad le hace caso, apártate de él como de un pagano o de un publicano.

Yo les aseguro que todo lo que aten en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desaten en la tierra quedará desatado en el cielo.

Yo les aseguro también que si dos de ustedes se ponen de acuerdo para pedir algo, sea lo que fuere, mi Padre celestial se lo concederá; pues donde dos o tres se reúnen en mi nombre, ahí estoy yo en medio de ellos.

Palabra del Señor.

R/. Gloria a ti, Señor Jesús.

11. PROFESIÓN DE FE (CREDO)

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible. Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios Verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la virgen, y se hizo hombre;

y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato, padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas.

Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica.

Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. **Amén.**

12. PLEGARIA UNIVERSAL

Sacerdote: Pidamos Nuestro Padre por las necesidades que tenemos, digámosle.

R./ Padre bueno escúchanos.

* Pidamos por la Iglesia para que guiando al pueblo de Dios un día todos sean partícipes de la gloria del Padre. Oremos al Señor.

R./ Padre bueno escúchanos.

* Pidamos por la paz en el mundo y de manera muy especial en nuestro país para que todos podamos alabar el nombre de Dios. Oremos al Señor.

R./ Padre bueno escúchanos.

* Pidamos por las fiestas de estos días patrios para que sean motivo de vivir unidos en la justicia como es la voluntad de Dios. Oremos al Señor.

R./ Padre bueno escúchanos.

* Por nuestros hermanos difuntos para que durmiendo el sueño de la paz el día de la resurrección gocen de la gloria del Padre Oremos al Señor.

R./ Padre bueno escúchanos.

Se pueden añadir algunas intenciones libres

Sacerdote: Padre bueno, escucha esta oración que te humildemente te pedimos.

Por Jesucristo Nuestro Señor.

13. ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, fuente de toda devoción sincera y de la paz, concédenos honrar de tal manera con estos dones, tu majestad, que, al participar en estos santos misterios, todos quedemos unidos en un mismo sentir.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

14. ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN

Cfr. Sal 41, 2-3

Como la cierva busca el agua de las fuentes, así, sedienta, mi alma te busca a ti, Dios mío, Mi alma tiene sed del Dios vivo.

O BIEN

Jn 8, 12

Yo soy la luz del mundo, dice el Señor, el que me sigue, no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.

15. ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concede, Señor, a tus fieles, a quienes alimentas y vivificas con tu palabra y el sacramento del cielo, aprovechar de tal manera tan grandes dones de tu Hijo amado, que merezcamos ser siempre partícipes de su vida.

Él que vive y reina por los siglos de los siglos.

COMENTARIOS Y REFLEXIONES

1. Ez 33, 7-9: El verdadero profeta

El texto de la primera lectura nos enseña como Dios constituye a un profeta. Lo primero es que él al escuchar la palabra que sale de la boca de Dios debe comunicarla al pueblo de Israel.

Ese comunicar la palabra de Dios tiene dos dimensiones, la comunitaria y la individual, el profeta tiene que anunciarla a ambos. Primeramente a la comunidad para después anunciar la responsabilidad individual.

De hecho al anunciarla a la comunidad en muchas ocasiones ya está dada la sentencia porque todo el pueblo se ha corrompido, pero siempre falta la parte individual.

Al amonestar a alguien individualmente no es por iniciativa del profeta sino por indicación de Dios, “Si yo pronuncio sentencia de muerte”, eso significa que Dios siempre da oportunidad para la conversión y siempre envía un mensajero para salvarlo.

Si él cambia se habrá salvado un hombre, pero si el profeta no lo amonesta se le pedirán cuentas de ese hombre.

2. Rm 13, 8-10: El mandamiento del amor

En el pueblo de Israel había una cantidad impresionante de preceptos y por lo tanto había muchas deudas unos con otros, porque si se cumplía tal o cual precepto, si se descuidaba, ¿quién sabía tantas leyes?

En cambio, al llegar el cristianismo todo se simplifica y queda resumido en el mandamiento del amor en sus dos inseparables vertientes. Amor a Dios y amor al prójimo.

Ahora bien el prójimo no se escoge, sino que se acepta. Es decir, yo no puedo decir que amo al prójimo por haber escogido a una persona para amarla o ayudarla, que es la forma concreta del amor.

Amar al prójimo es aquella persona que en ese momento me necesita, que no lo puedo dejar porque es tanto como estar en contra de Dios mismo. Esa es la gran diferencia con el judaísmo, ya que ellos siempre estaban viendo si no violaban otro mandamiento por hacer algo en bien del otro.

En una palabra, se trata de imitar a Cristo como él nos amó a todos y cada uno de nosotros.

3. Mt 18, 15-20: Corrección fraterna

En esta perícopa Nuestro Señor nos enseña cómo debe corregirse al hermano ante el pecado cometido. El primer momento es la corrección personal, ve y amonéstalo a solas. Para este primer paso se plantea el ser hermano, es decir, no se va a corregir a un extraño sino a quien tiene cercanía a uno, a quien uno trata.

El segundo momento es hacerse acompañar de otro, pero ese otro tampoco debe ser extraño, pues aún cuando se dice que conste por boca de dos o tres testigos lo importante es enmendar la conducta de la persona y por lo tanto debe ser alguien cercano o por lo menos alguien que le interesa el cambio del hermano.

El tercer momento es que ante la falla de los dos momentos anteriores hay que decírselo a la comunidad, Y nuevamente es aquella comunidad que busca la conversión de sus miembros, ante todo con caridad.

Finalmente si no hay cambio hay que alejarse de él, dice el texto como de un pagano, y la conclusión se da de este modo porque se corre el riesgo de ser arrastrado por el pecado de aquel hermano ya que no ha querido hacerle caso a nadie, ni siquiera a la comunidad, se obstina en su maldad.



BIBLIA

Para Todos

El domingo anterior vimos la etapa de los profetas, continuando la historia de la salvación veamos un periodo trágico para el pueblo de Israel: el destierro.

1. Texto bíblico

EL LIBRO DE ESDRAS

I. La vuelta del destierro y la reconstrucción del templo.

La vuelta de los sionistas.

¹ En el año primero de Ciro, rey de Persia, en cumplimiento de la palabra de Yahvé pronunciada por Jeremías, movió Yahvé el espíritu de Ciro, rey de Persia, que mandó publicar de palabra y por escrito en todo su reino: ²«Así habla Ciro, rey de Persia: Yahvé, el Dios de los cielos, me ha entregado todos los reinos de la tierra. Él me ha encargado que le edifique un templo en Jerusalén, en Judá.

³Quien de entre vosotros pertenezca a su pueblo, sea su Dios con él. Suba a Jerusalén, en Judá, a edificar el templo de Yahvé, Dios de Israel, el Dios que está en Jerusalén. ⁴A todo el resto del pueblo, dondequiera residan, que las gentes del lugar les ayuden proporcionándoles plata, oro, hacienda y ganado, así como ofrendas voluntarias para el templo de Dios que está en Jerusalén.»

⁵Entonces los cabezas de familia de Judá y Benjamín, los sacerdotes y los levitas, y todos aquellos cuyo ánimo había movido Dios, se pusieron en marcha para subir a edificar el templo de Yahvé en Jerusalén. ⁶Todos sus vecinos les proporcionaron toda clase de ayuda: plata, oro, hacienda, ganado, gran cantidad de objetos preciosos y toda clase de ofrendas voluntarias.

2. Introducción

El año 587 es clave en la historia del antiguo pueblo de Dios. Con la entrada de Nabucodonosor en la ciudad santa, con el derrumbamiento de las murallas de Jerusalén y la destrucción del templo

El desastre es de tales dimensiones que podría haber significado la destrucción plena de Israel como pueblo, el final de su esperanza.

Ninguna catástrofe de la historia ha significado tanto, sin embargo, para el futuro de un pueblo como esta destrucción, y el destierro que le siguió.

El destierro de los judíos a Babilonia se escalona en tres etapas, que coinciden con otras tantas rebeliones contra Nabucodonosor.

En el año 597, Nabucodonosor deportó a Joaquín y llevó cautivos a la madre del rey, a sus eunucos, a los grandes de la tierra, a todos los hombres de armas, a los carpinteros y herreros. Es una medida prudencial para impedir la rebelión.

En el año 587, después de la toma y destrucción de Jerusalén, Nabuzerdán, jefe de la guardia, llevó cautivos a los que habían quedado en la ciudad, de los que se rindieron al rey de Babilonia, y al resto de la gente, fuera de algunos pobres que dejó, como viñadores y labradores (2R 25, 11-12).

Un año más tarde, el 582, hay una tercera deportación, probablemente como represalia por la muerte de Godolías, el gobernador puesto por Nabucodonosor sobre Judá.

El número global de los deportados no era excesivamente elevado en sí: entre 10,000 y 20,000 –fueron desterrados todos los que representaban algo en la vida política, económica, social y religiosa del pueblo– la Biblia puede hablar con razón de que toda Judá “fue llevado cautivo lejos de su tierra” (2R 25, 21).

No se les pueden considerar prisioneros de guerra, aunque no fueran plenamente libres.

Parece haberse respetado sus costumbres y hasta se les permitió alguna manera de vida religiosa (Ez 8, 1; 33, 30s).

3. El anuncio del destierro

Conforme el pueblo se iba apartando de la alianza pactada con el Señor, los profetas iban haciendo ver que Dios los castigaría con la maldición, con la pérdida de la tierra y de la independencia (Mi 3, 12; Ha 1, 5-11).

Fue el profeta Jeremías quien anunció de una manera muy clara que Dios castigaría las infidelidades del pueblo por medio de Babilonia (Jr 1, 13-16; 4, 6), y en concreto por medio de Nabucodonosor (Jr 25, 9).

4. La crisis de fe en el pueblo

La destrucción de Jerusalén con el destierro constituye humanamente hablando el fin de Israel. Todas sus seguridades se han venido abajo. El trono de David ha sido deshecho.

5. El templo, morada de Yavé, incendiando.

Jerusalén, la ciudad santa, ha sido destruida.

Un cúmulo de preguntas oprimen el corazón angustiado del pueblo. ¿Dónde está la palabra de Yavé?

¿Dónde las promesas al trono, a la ciudad y al templo? ¿Dónde están las victorias de Yavé?

¿Qué es su poder en relación a los dioses de Babilonia que le han vencido?

¿No será mejor estar a bien con ellos que con Yavé que se ha mostrado impotente para salvar hasta su propia casa?

Todo esto y más el pueblo se lo hecha en cara a Jeremías.

¿Qué se ha hecho de la justicia de Dios? El pueblo ha perdido la fe y está perdiendo la esperanza.

¿Dónde están las promesas de Yavé? “Andan diciendo: se han secado nuestros huesos, ha fallado nuestra esperanza, estamos perdidos” (Ez 37, 11).

Israel está sintiendo en toda su crudeza el silencio de Dios.

La crisis estaba justificada. El momento histórico es de una trascendencia inmensa.

Es el fin de una época, cuando todo lo anterior falla y aún no se ve con claridad el esplendor del futuro.

Lo admirable es, sin embargo, que cuando todo parecía perdido, de la misma crisis surge más pujante aún la fe de Israel.

El destierro se muestra así como una prueba dolorosa que purifica la fe del pueblo de Dios.

Aquello que tenía que haber sido el fin se convierte, en los planes de Dios, en una maravillosa renovación, en un nuevo y mejor principio.

6. Sentido del destierro

El pueblo no está desamparado ante la crisis. Le han sido dados intérpretes que respondan a sus angustiosas preguntas, portavoces de la palabra de Dios para esos momentos de prueba.

Jeremías al principio, Ezequiel en el mismo destierro, y el segundo Isaías al final, descubren al pueblo el sentido del mismo.

El destierro no ha sido imprevisto. Desde los momentos fundacionales del pueblo, al comprometerse con Yavé en alianza y suscribir las bendiciones y las maldiciones de la misma, el castigo aparecía siempre en lontananza, al menos como una terrible posibilidad.

Los profetas se han encargado de recordárselo.

El destierro tiene una causa

El pecado, la infidelidad, el destierro se habría podido evitar, si el pueblo hubiera reconocido su pecado, si se hubiera convertido a Yavé, si hubiera practicado el derecho y la justicia.

Pero ha endurecido su corazón y ha preferido seguir su propio camino, camino que desemboca inexorablemente en la pérdida del don que Yavé se había comprometido a dar: la posesión de la tierra.

El destierro tiene una finalidad.

Purificar al pueblo de las desviaciones de su fe. Israel se había instalado en la tierra que Yavé le había dado como en su patria definitiva.

Había puesto su seguridad en instituciones materiales aunque fueran de orden religioso: la ciudad, el trono y el templo.

Las instituciones ya no llevaban al pueblo a Dios. Para que el pueblo pueda nuevamente encontrarse con Dios es necesario que se vea desamparado, que le fallen todas esas seguridades.

Para eso el destierro, en que tierra, ciudad, trono y templo hunden.

Junto a este aspecto de juicio, los profetas descubren al pueblo un sentido positivo, de salvación.

Con motivo del destierro, en efecto, el pueblo reflexiona sobre su pasado y esta reflexión le lleva a adquirir conciencia de su propio pecado, al reconocimiento, aceptación y confesión del mismo.

Este es el primer paso hacia la conversión: ¡Yacemos en nuestro oprobio, y nos cubre nuestra vergüenza! Porque hemos pecado contra Yavé nuestro Dios, nosotros y nuestros padres desde nuestra juventud, hasta el día de hoy, y hemos desoído la palabra de Yavé nuestro Dios (Jr 3, 25).

Yavé no espera, Él es el que da el primer paso en busca del desterrado para restablecer la alianza con Él.

De esta manera, gracias a la conversión del pueblo movido por Yavé, el destierro se convierte en un nuevo comienzo más glorioso aún que el antiguo.

El orden antiguo ha muerto; y la presencia de Yavé es garantía de que el destierro desembocará en una nueva vida: será una nueva creación, como una

resurrección de entre los muertos (Ez 37), como un nuevo éxodo, más maravilloso que el primero (Is 43), que desembocará en una nueva alianza más perfecta, más pura que la primera, porque se basará en el perdón de los pecados (Ez 36, 25-30), en el conocimiento y la aceptación de Dios (Jr 31, 31-34). De esta manera, el destierro, que humanamente tenía que haber significado el fin, se convierte, por obra de Yavé, en un nuevo comienzo, más glorioso que los anteriores, en una más maravillosa salvación.

Israel ha sido puesto en el mundo, para convertirse en la prueba de Yavé entre las naciones (Is 43,10), en la fuente de salvación para ellas, por voluntad de Yavé: Así habla Yavé; el que creó los cielos, el Dios que formó la tierra... No he hablado yo en secreto en un oscuro rincón de la tierra... Reuníos, venid, acérquense juntamente los sobrevivientes de las naciones... No hay Dios justo y salvador fuera de mí. Vuelvan a mí y serán salvados, confines todos de la tierra (Is 45; 42, 10-13; Tb 13, 1-8).

Una retribución que, en los planes de Dios, es siempre de vida, de salvación: ¿Quiero yo acaso la muerte del pecador, dice el Señor Yavé, y no más bien que se convierta de su mal camino y viva? (Ez 18, 23).

Un nuevo problema es el dolor: el destierro hace descubrir a Israel que el dolor puede adquirir un valor redentor, ya que a través de él el pueblo sale a la nueva vida.

Esta función redentora del dolor se expresará con enorme claridad en la profecía del “Siervo de Yavé”, expuesta en la segunda parte del profeta Isaías; la restauración del pueblo será obra de un personaje humilde.

Su misión es universal, dolorosa: será menospreciado, como siervo, abominado de las gentes, esclavizado por los soberanos (Is 42, 7); herido, abofeteado, injuriado (Is 50, 6), hasta el punto de que queda maltrecho y desfigurado (Is 53, 1-3).

Él sin embargo no va forzado sino que acepta y se ofrece a la muerte, como un servicio al pueblo, en sustitución y en beneficio del mismo pueblo.

7. El destierro, hoy

El destierro, con lo que supone de crisis y de purificación, conserva siempre actualidad.

La Iglesia, en efecto, peregrina en el mundo, puede en ocasiones instalarse en él olvidando su misión, buscando su seguridad en lo humano (estado,

instituciones, leyes, privilegios).

Como experiencia religiosa, el destierro conserva actualidad para el cristiano.

Este, en efecto, aunque se halle situado ya en la plenitud de los tiempos, peregrina aún lejos de la patria, en la oscuridad de la fe, sometido a la prueba, al dolor que puede ser en el purificador, redentor, como lo fue en Jesús de Nazaret, en quien se cumple el anuncio del Siervo de Yavé, que ofrece voluntariamente su vida a favor del pueblo, para redención de sus pecados (Mc 10, 32-34; 43-45).